

RECUERDOS

RUMBA Y BRILLANTES

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros

EUE en Valencia, en el año 1919, durante las animadas ferias que en el mes de Julio celebra la hermosa ciudad del Turia. Yo, que era un jovenzuelo, había ido allí con mi familia, invitados por mi tío Rafael Durán, Gobernador civil de aquella provincia. A los grandes festejos—batallas de flores, corridas de toros, bailes en las casetas aristocráticas...—se sumaba aquel año una atracción sensacional, motivo de numerosos y escandalizados comentarios. Una artista, en la plenitud de su belleza y fama, actuaba en uno de los teatros valencianos, con enorme éxito de público y con una desenvoltura que mereció de mi tío el Gobernador una multa de quinientas pesetas, cantidad entonces bien importante. Esta artista era «La Chelito».

Lógicamente, todos los jóvenes sentían la curiosidad morbosa de verla actuar. No estábamos exentos de ella los del grupo de amigos que nos reuníamos en Valencia; pero la circunstancia de la aludida multa y nuestro íntimo contacto con la autoridad que la impuso, nos vedaba el asistir a sus representaciones. Una coincidencia, aprovechada maliciosamente por nosotros, vino a allarnos el camino.

Después de cenar, cuando no había baile, solíamos ir a algún espectáculo. Aquella noche, por tenerlos casi agotados, no sabíamos qué hacer, cuando mi tío cruzó rápidamente por la sala de su residencia en la que estábamos reunidos:

—¿No salís?—nos dijo.

—Sí—contesté yo—; pero no sabemos a dónde ir.

Mientras se alejaba, con una ironía que quiso significar lo contrario de lo que dijo, mi tío comentó:

—Podéis iros a ver a «La Chelito».

Nosotros habíamos captado perfectamente el tono bromista del

comentario, pero nos pareció magnífico hacernos los tontos e ir a verla. Al día siguiente, con la mayor candidez, diríamos que fuimos porque él nos autorizó.

El grupo—que lo formaban conmigo mis primos Rafael Durán y Miguel Lillo y los hijos de los Barones de Llauri y Vallvert—no anduvo con escrúpulos y fue a presenciar el espectáculo desde el palco del Gobernador Civil.

Aquella noche ví por vez primera a «La Chelito». Era guapísima. Creo que fue éste siempre su resorte fundamental. Lo que cantaba o lo que decía, sus gestos o sus movimientos, en una perfectamente dosificada mezcla de ingenuidad y picardía, estaban destinados a destacar más sus encantos y a hacer más sugestiva su belleza. Su arte, desde luego, era algo personalísimo, porque no cabe encuadrarla como cupletista o como actriz. Ella fue una cosa diferente. Por eso es preciso considerarla como figura cumbre en aquel estilo de su creación, que logró tanta fama y que tuvo por base las insinuaciones, puestas al servicio de la belleza, en juego con sus dos grandes aliados, la rumba y los brillantes. Porque yo tan sólo recuerdo como compendio de aquella noche—y de otras—a una mujer bellísima, moviéndose a los sonos de la danza tropical—desconocida para mí hasta entonces—y despidiendo destellos de las enormes aludidas piedras preciosas con que se adornaba.

Cuando unos años más tarde tuve ocasión de tratar a la que realmente se llamaba Consuelo Portela, le conté lo que acabo de referir sobre la circunstancia que hizo posible el que fuéramos a verla en Valencia y la escena del día siguiente, en la que la furia de los mayores se estrelló con nuestra adoptada actitud de candidez y bobería. «La Chelito» hizo este comentario.

—Vosotros os atuvisteis al dicho: «dame pan y llámame tonto». Porque tontos os llamarían muchas veces al reñiros; pero vosotros os salisteis con la vuestra de ir a verme.

La vi luego actuar en su teatro *El Dorado*—hoy, cine *Muñoz Seca*—, en Madrid, siempre con su rumba y sus brillantes. También coincidí con ella un verano en San Sebastián, creo que en 1922. Todas las noches estaba jugando a la ruleta en el Kursal, el casino que era posiblemente entonces el más esplendoroso del mundo. Bellísima y luciendo siempre sus enormes brillantes, aunque aquí sin rumba, destacaba como una de las grandes atracciones de la sala de juego, papel que era con toda seguridad el que allí tenía asignado, pues ella, ahorrativa y magnífica administradora, no es concebible que se jugase con tanta tranquilidad miles de duros. Se decía que

jugaba con dinero de la banca, contratada para ser un motivo de atracción.

Fueron varias las ocasiones en que charlé con Consuelo. Supe por ella que había nacido en Cuba, en un pueblo llamado Placeta, en el que también nació el General Mola, cosa que ella recordaba siempre. De su tierra tropical trajo la rumba, que popularizó e hizo famosa, salpicándola de esplendor con sus grandes brillantes. Muerto su padre, el Teniente Coronel de la Guardia Civil don Isidro Portela, vino a España con su madre, doña Antonia Audet, que también fue muy popular, como compañera constante y perfecta administradora de su hija. Esta buena cualidad administrativa de la artista y de la madre, le deparó el poseer y conservar una buena fortuna, en la que estaba incluido el edificio completo del cine *Muñoz Seca*, en uno de cuyos pisos residí hasta el fin de sus días. Su retirada oficial de la escena fue en 1928; pero luego actuó aisladamente en algunas ocasiones, hasta 1951, año en que hizo su última aparición en un escenario. Muy inteligente y con gran vista para los negocios, después de la retirada siguió ganando dinero como empresaria de su teatro.

Se dijo es su época de triunfos—creo que sin fundamento—que un autor, bastante en boga entonces, se había inspirado en la vida de ella, para escribir una novela, terriblemente pornográfica, titulada «La Coquito». Su belleza llegó a los más apartados rincones y de ello conozco una curiosa anécdota:

Cuando el luego Cardenal Segura fue Obispo de Coria, al hacer la Visita pastoral a la comarca de las Hurdes, en el año 1921, en un altar que para descanso de la procesión eucarística dispusieron los pobríssimos habitantes de una de aquellas pequeñas aldeas, lucía en el puesto más destacado una postal de brillantes colores con el retrato de «La Chelito». Lo que puede parecer absurda irreverencia, no era sino ignorante buena voluntad, ya que aquellas pobres gentes colocaban en los altares lo mejor y más vistoso que a juicio de ellos poseían en cada casa. Un hurdano que estaba haciendo el servicio militar en Madrid envió a sus padres la postal, que fue admiración de la aldea. Como algo de gran valor y belleza la colocaron en el altar, con el consiguiente asombro del Prelado, que de manera discreta hizo que fuese retirada.

Yo conté esto en una ocasión a Consuelo, quien, aludiendo también a la novela «La Coquito», de la que se había hablado otras veces, hizo este comentario:

—No me considero tan mala como para que nadie pueda ver en

mi a la protagonista de esa novelucha, ni tan buena como para que me coloquen en los altares. Yo soy la que soy, y nada más.

Efectivamente, ella era la que era, o, mejor dicho, la que fue: el símbolo de una ingenua picardía, que hizo época con danzas, canciones y comedietas musicales como «La rumba de los coquitos» o «La Guachindanguita», por citar algunos de los títulos de las obras que estrenó. Nadie como ella supo poner tanta candidez picaresca en cancioncillas como a las que pertenecen estos renglones:

«Alabalabá, Conchita;
alabalabá, la cubanita.»

Consuelo Portela murió en su casa madrileña de la Plaza del Carmen, encima del cine *Muñoz Seca*, a los setenta y tres años de edad, a las cuatro y media de la tarde del 20 de Noviembre de 1959, a los cuarenta años justos de haberla visto yo actuar por vez primera; pero «La Chelito» había dejado de existir mucho antes. No era ya ella cuando por última vez se presentó al público en 1951, sesentona, vestida honestísimamente y cantando inocentes canciones. «La Chelito» había muerto a finales del primer tercio de nuestro siglo, la noche en que, por última vez, su belleza sin decadencias, deslumbró en un escenario, arrullada por el ritmo y envuelta en los reflejos de rumba y brillantes.

IDEARIO EXTREMEÑO

Muchos siglos ha que se ha advertido que los entendimientos comunes imposibilitados de percibir y penetrar los primores delicadísimos de las obras originales, cuando se ponen a imitar, imitan lo que está llano a la comprensión de los indoctos y rudos, es decir, los defectos, porque en testimonio de la humana fragilidad, no hay obra de hombre, por bella y admirable que sea, en que no se tropiecen algunos, que perdonan los sabios y remedan los que no lo son.

JUAN PABLO PORNER

VILLANCICO AL ROJO

La Virgen hilvana,
cepilla José,
y Jesús reposa
dormido a sus pies.

El niño se agita
cual tallo de mies
que el viento sacude
con rudo vaivén.

La Virgen detiene
su manso quehacer:

—¿Hijo, qué te pasa?—

—Madre, no lo sé.

¡He tenido un sueño...!

—¿Qué soñabas, rey?—

—¡Hay! Que andando el tiempo
te abandonaré.—

—¡Hijo de mi vida!

¡Eso no ha de ser!

No pienses en sueños,
y a dormirte, pues.

La Virgen hilvana,
cepilla José,
y Jesús dormita
tendido a sus pies.

El niño, intranquilo
despierta otra vez,
blanca y sudorosa
la divina tez.

Su labor María
vuelve a suspender:

—¿Hijo, qué te pasa?—

—Madre, no lo sé.—

¡He tenido un sueño...!